



BIBLIOTECA

Imprenta de **LUIS TASSO**, en Barcelona,
calle Guardia, 15.



DP 538

B6

PRÓLOGO.

La Europa, considerada en globo, constituye indudablemente una verdadera aristocracia. En vano los geógrafos continúan dividiéndola en ochenta y siete países independientes, reinos, repúblicas, imperios ó federaciones, con creencias, leyes, idiomas, orígenes y tradiciones diversas: esta división es solo aparente, y se resume de hecho en cinco estados preponderantes. ¿Qué desean la Francia, la Inglaterra, la Rusia, el Austria y la Prusia? deben preguntarse cada día las demás naciones del continente, las que faltas de existencia propia y de voluntad personal, aguardan docilmente de aquellas altas potencias un impulso y una consigna, inclinándose alternativamente ante la una ó la otra, humillándose con esta, elevándose con aquella, y sin otra política que la de presentir sus vicisitudes, ni mas viso de prosperidad y hasta de existencia que sus eternas rivalidades ó su orgulloso patronato.

A las cinco grandes naciones que manejan á su alvedrío los destinos del mundo antiguo, agreguemos la naciente pujanza de los Estados Unidos de América, y habremos enumerado todas las influencias soberanas á que hoy cede el género humano:

«Humanum paucis vivit genus...»

Pero, sobre no ser así en otro tiempo, antes de que esos colo-

esos de poderío alcanzasen tan incomparable engrandecimiento, la humillante preeminencia de ciertos pueblos no puede, sin embargo, destruir el interés que nos ofrece la historia de los Estados de segundo orden. Si estos no poseen el privilegio de trastornar ó de pacificar el mundo, de erigir en leyes sus caprichos, de desgarrar y reconstruir su mapa, no por eso dejan de desempeñar aun un papel muy importante, pues, figuran en la balanza como tercer partido, como complemento, y aunque indirecta, su influencia ha sido decisiva en muchas ocasiones. ¿Por ventura las siete Provincias Unidas, despues de quebrantar en el siglo XVI la monarquía de Carlos V, no contuvieron con su insurreccion el engrandecimiento de Luis XIV en el siglo XVII? ¿No fué la casa de Saboya quién tuvo mucho tiempo á raya á la temible casa de Austria, y quién salvó á lo menos las reliquias de la independencia italiana? ¿No fué el mismo Portugal quien entregó la Península, ora á Richelieu, ora á la Inglaterra, y quién en época mas reciente inauguró ante la abatida Europa la grave decadencia de la Francia imperial?

La importancia histórica de los Estados de segundo orden no puede ser desconocida, y menos aun en nuestro país, cuya política tradicional ha consistido en sostenerlos á todos, en garantizar la línea de sus fronteras, y en alistarlos como auxiliares contra la implacable emulacion de sus poderosos rivales: empresa, que acometida por la Francia en el Océano, la ha convertido en constante campeón de la libertad de los mares.

Aunque inspire tristeza la actual situacion de Portugal, la historia de este pequeño reino no deja empero de ser una de las mas dramáticas y aun de las mas maravillosas. El emperador habia tenido buen cuidado de recomendar su estudio en los liceos, hallando en ella con razon una excelente escuela de entusiasmo y de heroicidad para las jóvenes generaciones que le seguian á todas las capitales europeas.

En efecto, concretándonos á los tiempos modernos, y sin detenernos siquiera ante la gran sombra del lusitano Viriato, ¡cómo no admirar el modesto origen de este reino, despues tan poderoso! ¡Cómo no admirar la grandeza del hombre en tan magnífica trasformacion! Primeramente es solo un pequeño condado, vasallo de Castilla, destinado únicamente á cubrir la fron-

tera del Sudoeste, y amenazado por el orgullo castellano al par que por el poder de los moros. Pero en vano exige Castilla la inviolabilidad de su supremacia; en vano renace tres veces la grandeza musulmana. Para esta doble lucha, para desvanecer este doble peligro, bastan la exaltacion religiosa y el patriotismo, y Portugal, erigido ya en reino, avanza sin cesar desde las riberas del Miño hasta las playas del Océano.

Aquellos dos siglos de lucha forman sin duda una época muy gloriosa, y la Francia no puede mirarlos con indiferencia, puesto que los sucesores de Enriquez descendian de nuestros reyes! Cada aldea es una conquista; cada paso que se da hácia adelante se ha pagado con sangre portuguesa. Se admira justamente á los holandeses porque arrebataron su territorio al Océano; los portugueses conquistaron el suyo, dominado por Castilla y por Mahoma.

En parte alguna brilló con mas esplendor el valor personal de los caballeros cristianos, y en ello está quizás el mas hermoso blason de la historia portuguesa. El teatro de este país es reducido, pero sus actores son dignos del mas grandioso escenario. ¿Qué soldados ó qué cruzados podrian la Francia, la Inglaterra y la Alemania sobreponer á Alfonso Enriquez, á Egaz Moniz, á Bernardo Froias, á Perez Correa, á Martin Freitas, á Giraldo Giraldes?

Y al paso que los portugueses confian tan ciegamente á sus reyes el servicio de la patria y de la fe, admiremos por el contrario su independencia y su arrogancia! Allí no existen reyes déspotas, ni nobles opresores, clases que en Portugal representan solo á los jefes, á los escogidos que la nacion respeta, y en el seno de las cortes reside solamente la soberanía nacional. ¡Feliz contraste con lo que pasaba al propio tiempo en Inglaterra, en Francia, en Alemania y en Italia! Nada mas justo; la libertad debia germinar en un suelo belicoso donde la cruzada armaba de continuo todos los brazos robustos, y en donde el título de cristiano, superior á cualquier otra distincion social, unia á los valientes compañeros de armas con los vínculos de un aprecio mútuo, de una fraternidad verdadera.

Luego, de improviso, aparece un dilatado horizonte de gloria y de grandeza! No bien ha llegado el Portugal á sus fron-

teras naturales, rechazado á los infieles, abatido la arrogancia castellana, y fundado su constitucion interior, no se contenta ya con su independencia, y ahogándose en sus estrechos limites, impaciente por extender mas allá su actividad, su valor y su celo, apresúrase á lanzar al Africa la guerra que esta con tanta frecuencia le enviara. De aquí todas las maravillas que dieron lustre al siglo siguiente, las fecundas meditaciones del infante don Enrique, las costas africanas reconocidas, la América descubierta, como una magnífica recompensa conferida por el azar á la audacia portuguesa, el grande Océano impunemente atrevesado, las Indias de nuevo halladas, el Asia avasallada, el comercio del mundo todo desconcertado, y el hombre, en fin, puesto en posesion de toda su morada. ¡Qué revolucion tan súbita! ¿Qué poderosa nacion realizó jamás nada tan grande?

Bartolomé Diaz, Vasco de Gama, Alvarez Cabral, Almeida, Albuquerque, nombres inmortales, en efecto, á quienes el universo entero debe igual gratitud que su misma patria, pues su genio mas que á Portugal fué utilísimo á todos los pueblos, á todas las generaciones, á toda la humanidad, ora en la obra de aquellos varones no se investiguen mas que los resultados marítimos y mercantiles, ora elevándose mas, se descubra en ella una cadena de consecuencias políticas, intelectuales y morales. A semejanza de los de la imprenta en el siglo XV, y del vapor en el XIX, los descubrimientos marítimos de los portugueses son sucesos cuya valía mide muy imperfectamente la vista mas perspicaz.

Considerando aquellos tiempos podemos apreciar mejor la maravillosa importancia de la marina. Sabíase ya que Atenas, Tiro, Corinto y Cartago, en la antigüedad, Génova, Venecia y la liga anseática, en los tiempos modernos, debieron solo á sus escuadras su famosa prosperidad; pero se estaba aun muy léjos de saber cuánto puede influir el mar en el valor relativo de las naciones. El esplendor á que se elevaron Lisboa y Portugal acabó de disipar tamaña ignorancia, y empezóse por fin á comprender que los Estados no deben sacar únicamente de su suelo el esplendor y las riquezas; que estas pueden venirles de las extremidades del mundo en las bodegas de sus buques; que el Océano, en vez de ser una barrera, es un camino; que el poder marítimo es el don de ubiquidad; y Campanella no causó ya la menor admiracion

al decir despues que *la llave del mar es la llave del mundo*. Sin insistir en este aserto, tengamos presente únicamente lo que eran Portugal cuando las Indias eran suyas, España cuando el Océano era Español, y Holanda en el siglo XVII. Veamos principalmente lo que son hoy Inglaterra y los Estados Unidos, pues nunca se ha revelado tan completamente la importancia de la marina, como desde el descubrimiento del vapor, la colonizacion de la Oceanía, la conquista del Indostan y la comunicacion con el Celeste Imperio, sin que sea dable prever lo que sucederá en dias no muy lejanos. Portugal tuvo el honor de dar el primer ejemplo.

Por desgracia el engrandecimiento portugués fué tan breve como deslumbrador. Descubiertas las Indias en 1498 por Vasco de Gama, no bien salieron de las gloriosas manos de Alfonso Albuquerque, amenazaron ya desde 1515 emanciparse de sus primeros dominadores. Sin repetir aquí los pormenores que hemos dado sobre tan rápida decadencia, recordemos en honor de Portugal que fué casi del todo inocente de la misma, pues, aunque los débiles é indignos sucesores de Albuquerque contribuyeron poderosamente á producirla, en cuanto la incapacidad sucedió pronto al genio, la corrupcion al celo, el fanatismo á la moderacion, la codicia al patriotismo, estas influencias personales no hicieron mas que acelerar la inevitable accion de las causas generales, no bastando algunos nombres propios para explicar la completa ruina de tan grande imperio.

Una de dichas causas, fué la excesiva distancia y dispersion de aquellas innumerables colonias, y tambien su extension, tan desproporcionada con la de la metrópoli. Para ejercer de consuno una dominacion temible en el Brasil, en todas las costas africanas y en las playas del Asia meridional, desde Socotora hasta Malacca, hasta Macao, y hasta las Molucas, el reino de Portugal no contenia deseguro en sí mismo suficientes recursos, ó cuando menos, hubiera debido producir de continuo nuevos Albuquerques, siendo así que todo suelo es avaro de semejantes hombres. Portugal decayó, pues, rápidamente, y cuando las demás naciones europeas, envidiosas de su opulencia, diéronse á conspirar contra ella con los indios, se vió en la imposibilidad de oponerlas resistencia. Soberano efimero del Oriente, habia abierto de nuevo aquel camino, mas no en beneficio propio.

¿Qué hubiera sucedido si, dócil á los patrióticos ruegos de Cristobal Colon, hubiese la república de Génova efectuado en 1480 lo que en 1492 ejecutaron Isabel la Católica y la España? Alcanzar la república gloria y no otra cosa. Abrumada por el peso de tan gran descubrimiento, ¿qué hubiera hecho del nuevo mundo aquella ciudad? ¿Prосто lo habria visto pasar á manos mas poderosas, y tal vez ella misma hubiese quedado aun mas débil. Así sucedió á Portugal, bien que mas lentamente. Las naciones, como los individuos, deben medir sus empresas por sus propias fuerzas.

Con este motivo me atreveré á hacer una observacion quizás inédita. La principal responsabilidad de tan rápida decadencia debe tal vez recaer en los débiles herederos de Albuquerque, en este mismo grande hombre, y en sus gloriosos precursores Pacheco y Almeida, fundadores con él del imperio portugués en Oriente. Descubiertas ya las Indias, ¿qué debia hacerse en ellas? Conquistarlas todas ó apoderarse de algunos puntos? Debia optarse por una dominacion limitada ó por otra universal? Por la ocupacion restringida ó por la ocupacion completa, como decíamos no ha mucho en Africa? Pacheco, Almeida y Albuquerque se declararon por el primer sistema, y no contentos con reinar en el Indostan, extendieron sus empresas hasta la Arabia, la Persia, la Indo-China y la Oceanía, afirmándoles en su atrevida ambicion los gloriosos triunfos que alcanzaron. ¡Fatal ilusion del patriotismo y del genio, que solo debia durar tanto como ellos, y que despeñó de improvisto á sus débiles sucesores! ¡Cuánto mas modestos y cautelosos se mostraron los holandeses! No pidieron al Oriente mas que algunos apostaderos bien elegidos, y de sus colonias, asaz florecientes para despertar los celos de la Inglaterra, han sacado en el trascurso de doscientos cincuenta años riquezas bastantes para quebrantar la dominacion española, para contrarestar á Cromwell, para humillar á Luis XIV, y para ocupar un puesto respetado entre las primeras naciones de la Europa actual.

Como quiera que sea, cuando el desastre de Alcazar Quever hizo irremediable la decadencia de Portugal, habia ya desaparecido toda su grandeza; las Indias eran ya estériles, y habia dejado de ser un secreto aquella misma decadencia. Corria el año 1578.

Desde entonces no se ven mas grandes hombres, mas libertad, mas literatura, mas poesia, y Camoens, que la resume toda, se felicita por su muerte, para no sobrevivir á la patria por él cantada, toda vez que á la pérdida de su poderío, riqueza y gloria hubo de añadirse la de su independenciam. Falto de reyes nacionales y conquistado en tres semanas por Felipe II, Portugal vino á abismarse entre las numerosas coronas que á la sazón acumulaba la insaciable ambicion de aquel temido príncipe.

La repentina reunion de Castilla y Portugal, por mas dolorosa que debiese parecer al orgullo portugués, no fué por cierto una desgracia sin compensacion. Indisputablemente provechosa para los españoles, tambien podia serlo para los portugueses, y poco faltó en efecto para que Lisboa reemplazase á Madrid. Pero, además de que los antiguos y ciegos rencores de ambas naciones tomaban cada dia mas incremento; de que la unidad de la Península fué del todo nominal, y de que los reyes de Castilla hubieron de tratar siempre á sus nuevos súbditos como á enemigos irreconciliables, aquella era la época infausta en que los soberanos españoles daban el mas activo impulso á la realizacion de sus desmedidos proyectos. Asociado á pesar suyo á sus quiméricas esperanzas, Portugal no reportó mas ventaja que añadir á sus propios infortunios los terribles resultados de agenas decepciones. A los ocho años de la reunion aconteció la pérdida de la *Armada invencible*; seis años después sobrevinieron la expulsion de los holandeses y su primera aparicion en los mares, que Portugal consideraba poco antes como dominio suyo, por nadie disputado.

Así, pues, cuando pasados sesenta años de opresion y de miseria recobró la nacion portuguesa su independenciam y sus reyes nacionales, no tuvo mas satisfaccion que la de pertenecerse á sí misma. Portugal era tan solo una sombra que reaparecia, sin ejército, sin marina, sin hacienda, sin crédito, sin la gloria si quiera de haberse restaurado por sí solo, toda vez que debia á las grandiosas combinaciones de Richelieu aquella inesperada resurreccion.

Tal como se encontraba, y no obstante los peligros que le cercaban por todos lados, Portugal poseía restos muy brillantes de su antigua grandeza para no desesperar de sí mismo. Por desgra-

cia, los primeros príncipes de la nueva casa de Braganza afectaron no aperebirse de ello; en vano les invistieron los pueblos de toda su confianza, no por ello manifestaron voluntad de reformas, ni política regular, ni muestras de reconocimiento, ni alta inteligencia. Siempre encastillados en cimentar su despotismo, en favorecer la inquisición, y en hacer alarde de su celo, completaron por el contrario la ruina del país con la insolente ostentación de un fausto que apenas hubiera podido escusarse en la ya muy remota época en que Portugal disponía á su arbitrio de las riquezas del Oriente.

¿Qué sucedió en 1703 cuando, so color de librarse de la supuesta codicia de Luis XIV y de Felipe V, ó con la ingenua esperanza de conquistas imposibles, precipitóse ciegamente Pedro II en los brazos de la Inglaterra? Aquel día volvió á perder el Portugal su independencia, y de una manera mucho mas cruel que en tiempo de Felipe II. Los reyes españoles le hicieron sufrir, y los primeros Braganzas languidecer; pero los de Inglaterra le convirtieron en colonia, en una granja, en una factoría británica.

Ya que no lo hicieron los reyes, un ministro audaz se propuso empero sacudir el nuevo yugo de Portugal, reanimar á sus conciudadanos, é inaugurar días mejores: fué el Richelieu, el bienhechor de su país, y Portugal desplegó desde luego una energía de que no se le creía capaz. Nunca brilló mas el poder de un hombre solo; pero discípulo atrevido de las ideas francesas, Pombal no tenía otro apoyo que su maestro, su razón y su talento contra la omnipotencia del clero y de la nobleza, contra las amenazadoras quejas de la Inglaterra, y contra la ignorancia del mismo pueblo por quien se desvivía. Su ministerio fué, pues, una lucha infatigable; la tenacidad de las resistencias le arrastró á la tiranía, y como luchaba solo contra todos, no bien falleció José I.^o, el marqués de Pombal sucumbió miserablemente. Poco despues se le llamó el *gran marqués*; pero ya era tarde: habíase llevado consigo los últimos recursos de Portugal, y los privilegiados y la Inglaterra pudieron á su vez respirar. Como Alberoni, habría podido decir: «Portugal era un cadáver que había yo reanimado, y que va á tenderse de nuevo en su tumba.»

¡Ay, esta vez cayó y fué para siempre! Desde su fatal caída, ni el espectáculo de la revolución francesa, ni la guerra de la in-

dependencia, ni todas las innovaciones de nuestro siglo, ni el poderoso movimiento de progreso que impele á las naciones modernas hácia un nuevo porvenir, han podido reconstruir el edificio que había proyectado el marqués de Pombal. Despojado del Brasil y reducido á algunas colonias, el antiguo dominador del Oriente parece no conservar fuerzas sino para gastarlas en agitaciones estériles, en revoluciones continuas; pero agitarse ¿es vivir?

¿Significa esto que Portugal esté perdido, y que su historia sea al mismo tiempo su oración fúnebre? No; los pueblos no mueren así, y Portugal posee, por el contrario, todos los recursos de las naciones nuevas. Empero fáltale, para revivir dignamente, no ya pertenecer á los setembristas, á los constitucionales, á los cartistas ó á los absolutistas, á Costa Cabral, á Palmella ó á Saldanha, cuestiones todas de teorías políticas y de personas que solo han servido para torturarlo, no; fáltale tener un gobierno enérgico que reprima las facciones, mantenga la disciplina y se aplique á las reformas. Mientras su hacienda se halle en permanente bancarrota, mientras no se pague al ejército ni se aseguren los servicios públicos, todo hombre ó partido que gobierne no le dará ni tranquilidad interior, ni libertad verdadera, ni renacimiento de la agricultura y de la industria, ni crédito, ni dignidad ante el extranjero. En esto está su suerte: sépalo al fin Portugal, y reflexiónele detenidamente.

Réstanos examinar la razón de existencia de este reino, antes tan potente, ahora tan degenerado; ¿porqué la Península ibérica no forma un solo Estado, desde los Pirineos á Gibraltar, desde el Atlántico al Mediterráneo?

A tales preguntas suele responder la geografía, pues, mejor aun que las diferencias de origen y de idioma, las conveniencias físicas determinan los límites de las naciones. Véase Francia: del Rhin á los Pirineos, del Océano á los Alpes, ¡qué situación tan magnífica para un poderoso imperio! Pasemos á Alemania: ¡qué carencia de fronteras positivas! ¡qué territorio tan mal demarcado! ¡qué líneas tan inciertas! ¡cuánta falta por consiguiente de unidad! ¡qué multitud y que confusión de Estados rivales! ¿Dónde está Alemania? ¿Al Norte ó al Sur? ¿hácia el Danubio ó hácia el Rhin? en Berlin ó en Viena? ¿Dónde empieza, dónde acaba?

Lo mismo puede decirse de Portugal, y la sencilla vista del mapa no basta para explicar su existencia. Que en la Península ibérica los reinos de Navarra, Andalucía y Aragón hayan conservado por tanto tiempo su independencia, nada mas concebible ni mas natural. Los montes pirenaicos protegían al primero; Sierra Morena aislaba al otro, y la Coronilla de Aragón ocupaba todo el vertiente oriental desde las fuentes del Ebro hasta Murcia. Pero ¿dónde colocar las barreras naturales de Castilla y de Portugal? Tan variables como sus transacciones, tan inciertas como su fortuna, tales fronteras no existieron jamás á no ser sobre el papel. Igual clima en ambos países; las mismas cordilleras de montañas, paralelas todas á los Pirineos; los mismos valles al pié de estas montañas, y los mismos rios en el fondo de estos valles. Léjos de haber separado á Portugal de Castilla, parece que la naturaleza se ha complacido en multiplicar sus lazos.

Y si se nos objetan los tristes páramos de la Extremadura española, comparables sin duda, salvo la extension, con las estepas del Asia y con las pampas de la América meridional, bastará observar que estos páramos son mas que la obra de la naturaleza el fruto de la antigua rivalidad de portugueses y castellanos. Además, toda la Extremadura castellana formaba antes parte de la Lusitania.

En defecto de la geografía, ¿podríamos invocar con mas acierto la diferencia de religiones, de lenguas, de gobiernos, de costumbres sociales? No; y por el contrario encontramos aquí nuevas razones de intimidad. En cuanto á la de origen, si existe, es tan antigua y tan oscura, que puede ser el secreto de algunos eruditos, pero no la causa de una antipatía nacional.

Pero, entonces ¿porqué esa separacion inveterada, ese odio irreconciliable? Parécenos que la única causa verdadera es la tradicion histórica, mas poderosa esta vez que la misma naturaleza. ¿No formaban ya los lusitanos una confederacion particular cuando Cartago estableció entre ellos sus primeras factorías, cuando Roma trató de subyugarles, y cuando Viriato les defendió triunfante?

El funesto aislamiento de las poblaciones españolas favorecia en mucho los intereses de la ambicion romana para que el senado y los emperadores no estuvieran interesados en perpetuarlo.

De aquí la division de la Península primero en dos, luego en tres, y despues en cinco provincias, no ciertamente por conveniencias geográficas, antes bien con la intencion única de aumentar y eternizar la impotencia de este belicoso país.

Unidos en seguida con el resto de los españoles bajo la llevadera dominacion de los visigodos y de los árabes, los lusitanos recobraron gozosos una libertad á que estaban acostumbrados, al principio bajo el nombre de condado, luego bajo el de reino, y todas las tentativas de Castilla para imponerles de nuevo su yugo, solo sirvieron en adelante para irritar mas y mas aquella pasion de independencia.

¿Qué sucedió cuando el nuevo reino hubo extendido sus lindes hasta el Océano, vencido en Aljubarrota, dado la señal de los descubrimientos marítimos, y obtenido en premio de su gloriosa iniciativa el indisputado imperio del Oriente? Que adquirió desde entonces el nombre portugués mucha grandeza y mucha gloria para que la nacion que lo llevaba pudiese consentir en cambiarlo por otro cualquiera.

Los sesenta años de opresion y decadencia que atravesó luego Portugal dominado por los indignos sucesores de Carlos Quinto, ¿no envenenaron por desgracia mas y mas aquella repulsion nacional?

Agréguese á esto que Portugal se basta á sí mismo, y que necesita mucho menos de Castilla que Castilla de él. ¿Acaso no tiene un territorio fertilísimo, las bocas de los mejores rios españoles, excelentes puertos, y el Océano que parece esperar sus naves? ¿Cuántos países hay en Europa que prosperan con elementos mucho menos favorables? ¿Cuántos que como él, no tienen otra madre que la historia, que como él, no ofrecen otros límites que fronteras morales, mas sólidas empero que los rios y las montañas!

Conserve pues Portugal su independencia aun á pesar de la naturaleza, ya que este es su mas ardiente deseo; pero consérvela mas que para satisfacer un vano orgullo, para mostrarse digno de su nombre y de su pasado. ¿Qué le falta para conseguirlo además de las reformas interiores y del afianzamiento de la paz? Una estrecha alianza con la España, la reduccion progresiva de sus respectivos aranceles, la canalizacion de sus

rios comunes, un nuevo sistema de caminos, y una ingeniosa red de ferrocarriles que haga por fin de la Península entera un solo país, á pesar de las separaciones políticas. Así y solo así, puede lisonjearse Portugal de evitar la anarquía, de librarse de su ruina y de la Inglaterra, y junto con él la España toda, con gran contentamiento de la Francia, de la que tanto Portugal como Castilla son aliadas naturales.



HISTORIA

DE PORTUGAL.

CAPÍTULO PRIMERO.

Geografía física de Portugal.

LÍMITES, MONTAÑAS, VOLCANES, CABOS Y RÍOS.—COSTAS, CLIMA, PRODUCCIONES Y SITUACION.

Límites, montañas, volcanes, cabos y ríos.

Situado en el extremo occidental de la península Ibérica y del continente europeo, el reino de Portugal se extiende desde el 8° 46' hasta el 11° 51' de longitud, y del 36° 58' hasta el 42° 7' de latitud. Sus límites, determinados al oeste y al sur por la misma naturaleza, por las olas del Atlántico, son puramente convencionales al norte y al este, en donde las provincias españolas de Galicia, Valladolid, Zamora, Salamanca, Extremadura y Sevilla han aumentado ó disminuido según las estipulaciones variables de los convenios ajustados por entrambas coronas; de forma que, ceñido por España y el Océano, compónese el Portugal de una zorra estrecha, cuya mayor longitud no excede de 576 kilómetros, desde Melgaco hasta el Faro (Algarbes), por unos 168 de ancho: total, 897 miriámetros en cuadro.

Las numerosas cordilleras de montañas de que está erizado el suelo portugués son continuación de las de España, y siguen una dirección paralela á los Pirineos. Las mas considerables son, del norte al sur, las sierras de Montesinho, de Albardos, de Alcobaca, de Estrella, de Cintra, de Monchique y de Caldeirao. Los picos mas elevados de estas sierras son el Gaviera en el Miño, y el